

## Otra vuelta de tuerca A propósito de *Espectros de Marx* de J. Derrida

J. ALBERTO SUCASAS PEÓN

"*La sombra*.- No me compadezcas: presta sólo atentos oídos a lo que voy a revelarte" (*Hamlet*, Acto I, esc. V)

"(...) para que reconozcas que el Señor, tu Dios, te ha educado como un padre educa a su hijo" (*Deuteronomio* 8, 5)

*Spectres de Marx*<sup>(1)</sup> se propone elucidar el vínculo entre marxismo y desconstrucción, urgido por una coyuntura histórica en la que el derrumbe del llamado "socialismo real" parece arrastrar consigo la obra del propio Marx y su promesa emancipatoria. Derrida denuncia un enterramiento apresurado, por más que el discurso dominante proclame insistentemente la muerte irreversible y tache de necrofilia cualquier relación con ese legado.

Derrida *ante* Marx. Como Hamlet *ante* el espectro de su padre. La pieza shakespeariana atraviesa todo el texto, transfiriendo a su estructura el prototipo dramático: el espectro (-Marx) entra en escena como exigencia inaplazable dirigida a Hamlet (-Derrida). Se trata de elaborar una lógica de la *espectralidad* que, irreductible a la ontología y sus presupuestos, posibilite recuperar cierto espíritu del marxismo (*cierto* espíritu, pues hay varios: pluralismo de una herencia que permite a Derrida reivindicar algunos de sus aspectos sin por ello dejar de criticar otros muchos; imposibilidad de responder con un simple "sí"/"no" a la pregunta por la identidad marxista de un sujeto -Derrida- o un discurso -el desconstruccionista-, en consonancia con la naturaleza dubitativa del príncipe danés) y, desde él, dar respuesta a la problemática extrema del mundo contemporáneo, escenario de una injusticia sólo comparable a la de la corte de Elsinor, donde el poder real se perpetúa ocultando su origen criminal (triple crimen: regicidio, fratricidio, adulterio).

Y, sin embargo, el juego textual -la seriedad de la economía de *Espectros*- no parece agotarse en esa duplicidad escenográfica: una escena discursiva (relectura desconstruccionista del marxismo) mostrada, en sobre-impresión, a la luz de una escena teatral. Se impone la consideración de una tercera escena, de la que serían trasunto las dos restantes y que dominaría, espectralmente, el conjunto del texto. *Espectralmente*, es decir, en la ambivalencia de presencia (pues es nombrada aquí y allá, al tiempo que se recurre frecuentemente a su metáfora) y ausencia (*Espectros* no se aviene a recono-

---

1 *Spectres de Marx*, Paris, Galilée, 1993; *Espectros de Marx*, Madrid, Trotta, 1995, Trad. de J. M. Alarcón y C. de Peretti. Citaremos por la traducción castellana, aunque haciendo constar entre corchetes las páginas correspondientes del texto original.

cerle su carácter de “escena primordial”, veladamente fundante de todo su discurso). Se trata de una escena *judía*: el vínculo entre divinidad y pueblo, entre Yahvéh e Israel, subyace a la puesta en escena derridiana, de modo tal que la aparición del espectro (-Marx) reproduce la revelación bíblica y Hamlet (-Derrida) desempeña el papel redentor del agente salvífico. Intercambio de roles sugerido por las citas que abren esta nota: si el espectro paterno reclama una audición atenta de lo revelado (análogamente a la fórmula deuteronomica: “Escucha, Israel...”), Yahvéh habla al hombre como un padre (o su espectro) lo hace con su hijo.

Nuestra hipótesis de lectura provoca, sin duda, una proliferación del espectro, añadiendo complejidad a un texto de suyo denso e intrincado: *otra vuelta de tuerca* (título, como se sabe, de un relato de H. James, una “historia de fantasmas” que subraya la ambivalencia –presencia/ausencia; realidad/alucinación– de la visita espectral).

Esa proliferación, sin embargo, no es ajena a la lógica de la espectralidad propuesta por *Espectros*. Aplicándola al escrito que la tematiza, no necesitamos transgredir sus límites: la descripción del fantasma que habita la escritura de Derrida ilustra un principio que ella misma establece cuando reconoce “que no resulta posible evitar esa precipitación, pues cada cual lee, piensa, actúa, escribe con sus fantasmas, incluso cuando la emprende contra los fantasmas del otro” (p. 157 [222]). También el propio Derrida, se entiende, cuando se ocupa de los fantasmas de Marx.

*Espectros* conjura el espectro judío, pero lo hace de acuerdo con esa ambigüedad puesta de manifiesto en el análisis semántico del término “*conjuración*”<sup>(2)</sup>: invocación o llamada que convoca y acoge al espectro; pero también exorcismo que lo expulsa. “La contradicción y el secreto habitan la inyunción (el espíritu del padre, si se quiere)” (p. 190 [269]).

Proponemos, pues, una interpretación bíblica de la dinámica bipolar de *Espectros*: la escena tendría dos actos, dominados, respectivamente, por el espectro (-Marx) y por Hamlet (-Derrida); *revelación* y *redención* serían sus matrices espectrales.

### Revelación: Yahvéh, el espectro, Marx

La categoría bíblica de revelación encierra una tensión entre presencia –o proximidad– y trascendencia. Por un lado, la divinidad se da a conocer al sujeto humano, revelándole incluso su nombre –“Yo soy Yahvéh” (*Éxodo* 6, 2)–; proximidad extrema entre Yahvéh y Moisés, cuyo encuentro se produce “cara a cara”<sup>(3)</sup>. Por otro, la trascendencia de quien se revela excluye que la revelación pueda anular el misterio, resultando que la entrega del *Tetragrámaton* lo es de un enigma insondable (se da el nombre, pero sin que una explicación ilumine su sentido) y que Yahvéh cubre a Moisés para que no contemple su rostro, sino sólo sus espaldas: la revelación resulta solidaria de la invisibilidad.

Tensión igualmente vigente en el espectro<sup>(4)</sup>: extraña fenomenalidad en la que se dan la mano visibilidad e invisibilidad. La escena espectral obedece al *efecto visera*, por el que la mirada que nos contempla tras el yelmo se sustrae, disimétricamente, a nuestra propia visión. “Ver sin ser visto”; tal es el principio de la aparición –inseparable de la ausencia– espectral.

Aquí como allí, la tensión entre proximidad y trascendencia se resuelve, sin disolverse, en un habla imperativa: la palabra que ordena (*Torah* bíblica; *injonction* derridiana) concilia la exteriorización o manifestación con la invisibilidad del emisor e insta al oyente al reconocimiento de la falta y

2 Cf. pp. 53-62 [73-85].

3 Cf. *Éxodo* 33, 11; *Números* 12, 8; *Deuteronomio* 34, 10.

4 Cf., especialmente, pp. 20-21 [25-27] y 117 [165].

la obediencia al mandato. (Incluso cuando se insiste en la resistencia hamletiana a la tarea encomendada<sup>5</sup>), hasta maldecir el destino que lo hace responsable de restablecer la justicia, no se abandona el universo bíblico: el príncipe tiene en Jeremías un precedente manifiesto).

Bajo esa lógica del imperativo y la obediencia se reconoce el propio texto de Derrida. “Será siempre un fallo [*faute*] no leer y releer y discutir a Marx. (...) Será cada vez más un fallo, una falta contra la responsabilidad teórica, filosófica, política” (p. 27 [35]). “Si tomo la palabra en la apertura de un coloquio tan impresionante, ambicioso, necesario o arriesgado (...), no es, en primer lugar, para mantener un discurso filosófico y erudito. Es, ante todo, para no eludir una responsabilidad” (p. 65 [90]).

Además, si la fidelidad a Yahvéh es inseparable del rechazo incondicional de los ídolos, *Espectros* ofrece dos equivalentes de la lucha anti-idolátrica. En primer término, la denuncia del trabajo de duelo en su obsesión por identificar y localizar (es decir, por ontologizar, traicionando la irreductible “*hantologie*” espectral) los restos<sup>6</sup>. La reiterada crítica, en segundo lugar, del universo mediático y su “mala” espectralidad como hegemonía del simulacro.

### Redención: Israel, Hamlet, Derrida

Receptor pasivo y obediente de la Ley revelada, Israel experimenta, en virtud de (y no: a pesar de) esa audición heterónoma, una radical reconfiguración de su identidad: de la invocación divina y su fuerza inspiradora nace la vocación humana. De la heteronomía de la revelación a la autonomía de la redención; he ahí el itinerario del sujeto bíblico. Afirma, ante todo, la exigencia de superar el hiato entre el mandato (imperativo de justicia) y el (des)orden fáctico (mundo injusto). Ninguna otra figura lo expresa con mayor vigor que el Mesías esperado.

Ninguna otra idea parece tampoco más esencial al discurso de *Espectros*, en cuyas páginas es omnipresente la afirmación *mesiánica*. Aunque el mesianismo sea objeto de una depuración que, liberándolo de todo contenido o complicidad con una dogmática, lo conduce a la indeterminación de una “espera sin horizonte de espera” (p. 79 [111]); la negatividad domina el discurso (mejor: la apelación sustraída al régimen del saber) sobre lo mesiánico<sup>7</sup>: mesianismo “desértico” y “abstracto”; mesianismo “estructural”; incluso, “lo mesiánico sin mesianismo”. (Esa indefinición de la promesa otorga a *Espectros* uno de sus mayores atractivos para el hipotético lector que, sin renunciar al ideal emancipatorio, no puede ya suscribir las dogmáticas políticas).

¿Por qué, entonces, mantener el significante “mesianismo”? ¿A qué oscuros motivos obedece esa *paleonimia*, en apariencia injustificada? Salvo que la ruptura entre el “mesianismo” de *Espectros* y el mesianismo bíblico no sea tan unívoca como la letra de algunas expresiones sugiere; salvo que la exclusión -exorcismo- de lo mesiánico judío no sea sino la paradójica afirmación de una herencia. (La indeterminación señalada podría sintonizar con la aproximación del judío contemporáneo al ideal mesiánico: tras la *Shoah*, su conciencia se debate entre la urgencia de recuperar la esperanza en la justicia y el descrédito de toda teodicea consoladora; ¿no apunta a ello Derrida cuando sugiere una posible “herencia ateológica de lo mesiánico” (p. 188 [266])?). Habría que leer con el máximo cuidado aquellas páginas<sup>8</sup> que recapitulan, sin respuesta definitiva, la duplicidad de lo mesiánico; pági-

5 Cf. pp. 34-35 [45-47].

6 Cf. pp. 23 [30], 65 [90-91] y 113-114 [160]. Los traductores castellanos -p. 24, N. de los T.- proponen “fantología” por “hantologie”; el neologismo, que traduce otro, sugiere la alusión crítica a la ontología y el asedio propio del espectro.

7 Cf. pp. 42 [56], 73 [102], 79-80 [111-112], 89 [126] y 103-104 [146-148].

8 Cf. pp. 187-189 [265-268].

nas cuya oscilación parece responder a la semántica pendular de la "conjunction" (recordemos: invocación del espectro/exorcismo que lo expulsa). ¿Lucha con el ángel? Páginas, en fin, donde la contraposición entre la universalidad desnuda de la promesa mesiánica y la particularidad -diferencia- de su configuración veterotestamentaria no impide apelar al "Antiguo Testamento, cuya inyunción habría que oír aquí" (p. 188 [267]).

En todo caso, lo mesiánico se articula en *Spectros* en torno a dos núcleos mayores, cuyo entrelazamiento reitera la semántica bíblica de la redención.

1. Irreductibilidad, en primer lugar, de la justicia (indestructible y sólo comprensible desde la economía del don, opuesta a la del cálculo y el comercio) al derecho y su concreción institucional<sup>9</sup>. Ley que precede a la ley, como la revelación de la *Torah* sostiene todo ordenamiento jurídico; justicia inseparable de la responsabilidad del yo para con la alteridad del otro hombre, de "la viuda y el huérfano", según la fórmula veterotestamentaria. El binomio justicia/derecho prolonga la dialéctica bíblica entre originariedad de lo carismático (elección en la que el sujeto humano interioriza el espíritu divino) y estructura institucional (sacerdotal y monárquica); el plano carismático funda la institución, pero, a la vez, ofrece un punto exterior (extra-institucional) desde el que criticarla.

Lo cual explica la ambigua actitud hacia el universo político efectivo, en contraste con su origen carismático; especialmente en el movimiento profético: en la figura del *nabí* se dan cita la legitimación de la monarquía (no en vano corresponde al profeta proclamar al ungido, beneficiario de la elección divina) y su crítica incondicional (en tanto el ejercicio del poder traiciona el pacto del que surgió). Ambigüedad que reproduce *Spectros* al oponer la promesa mesiánica de una democracia *por venir* a la facticidad de la democracia liberal, blanco de una crítica sin reservas. (Todo el capítulo tercero -"Desgastes (pintura de un mundo sin edad)"-, así como la denuncia de la "falsa profecía" de Fukuyama, recuperan el *pathos* profético, aunque en ocasiones adopten un tono quasi-periodístico -así, en las "diez plagas"-, del que se resiente la calidad general del texto).

2. Elaboración de una temporalidad *dia-crónica* de la responsabilidad cuyo *leitmotiv* es la sentencia hamletiana: "The time is out of joint". La desconstrucción del privilegio del presente enlaza aquí con la escatología hebrea, con lo que ese tiempo o mundo descoyuntados, desquiciados, donde angustia y consuelo no se separan de la esperanza mesiánica, evocan el anuncio profético, mezcla también de promesa y amenaza, del "día de Yahvéh": "¿no puede aspirarse a una justicia que, un día, un día que ya no pertenecería a la historia, un día casi mesiánico, se encontraría por fin sustraída a la fatalidad de la venganza?" (p. 35 [47]); "¿no es necesaria esa disyunción, ese desajuste del "todo va mal" para que se anuncie el bien, o al menos lo justo?" (p. 36 [48]).

Elaborada a lo largo de todo el texto, retomada sin cesar, pero discontinuamente, la temporalidad *dia-crónica* de la responsabilidad evoca los motivos centrales de la vivencia bíblica del tiempo y la historicidad.

a. Primacía del *por venir*, como inminencia de lo mesiánico. En consonancia con su precedente bíblico, Derrida vincula ese *por venir* a un pasado irreversible. (Así, para la mirada profética, la ruptura mesiánica supondrá una "nueva Creación").

b. Vinculación de la espectralidad con la temática, central en el judaísmo, de la herencia, la memoria y las generaciones.

c. Ambigüedad de la espectralidad mesiánica, en la indecisión entre promesa y amenaza.

d. Oposición de dos actitudes posibles ante la venida del espectro: espera que es acogida hospitalaria vs. caza del espectro (cinagógica del fantasma). Esa oposición recrea la alternativa vetero-

9 Cf. pp. 12-13 [15-16], 41-45 [55-60] y 195-196 [278].

testamentaria: fidelidad a la Ley vs. traición al pacto con Yahvéh (sea o no en forma idolátrica).

e. Responsabilidad moral resultante de una alianza (*berit*) entre el receptor y el emisor del mandato. Un mismo esquema operante en las tres escenas: Moisés, ante Yahvéh, invita al pueblo a adoptar la *Torah* y sellar la alianza; Hamlet, ante el espectro paterno, exige el juramento de los demás testigos; Derrida, ante Marx, reclama de sus lectores el compromiso con la exigencia emancipatoria. En los tres casos el pacto da lugar a un *nosotros* responsable.

f. Como en la predicación profética, ese *nosotros* (Israel; la nueva Internacional de *Espectros*) abre, desde su particularidad, un horizonte futuro de reconciliación y justicia universales.

### **Judaísmo y deconstrucción: bajo el signo de la interpretación**

“Somos herederos, eso no quiere decir que *tengamos* o que *recibamos* esto o aquello, que tal herencia nos enriquezca un día con esto o con aquello, sino que el ser de lo que somos es, ante todo, herencia, lo queramos y lo sepamos o no. Y que, Hölderlin lo dice muy bien, no podemos sino *testimoniarlo*” (p. 68 [94]). Herencia: vinculación con un sentido que nos precede, constituyéndonos como deudores. Pero también posibilidad (mejor: obligación) de una interpretación, crítica y recreativa, de lo legado: “No hay herencia sin llamada a la responsabilidad. Una herencia es siempre la reafirmación de una deuda, pero es una reafirmación crítica, selectiva y filtrante” (p. 106 [150]).

A esa doble operación obedece *Espectros*: reafirmación de la deuda respecto al marxismo; a partir de ahí, re-lectura crítica que selecciona entre sus diversos espíritus. ¿Sólo *Espectros*? ¿No es ése el gesto que, en general, la deconstrucción adopta respecto a los textos que interpreta? Pero, ¿cómo no reconocer también ahí el modo judío de leer e interpretar los textos de su tradición?: en primer lugar, sumisión heterónoma a la literalidad del texto comentado; desde ella, libre interpretación midrásica o talmúdica.

¿Será demasiado aventurado proponer una reconsideración global del discurso deconstructivo, tanto material como formalmente, desde el judaísmo? Desde el judaísmo del judío Jacques Derrida...

(Diciembre 1995)